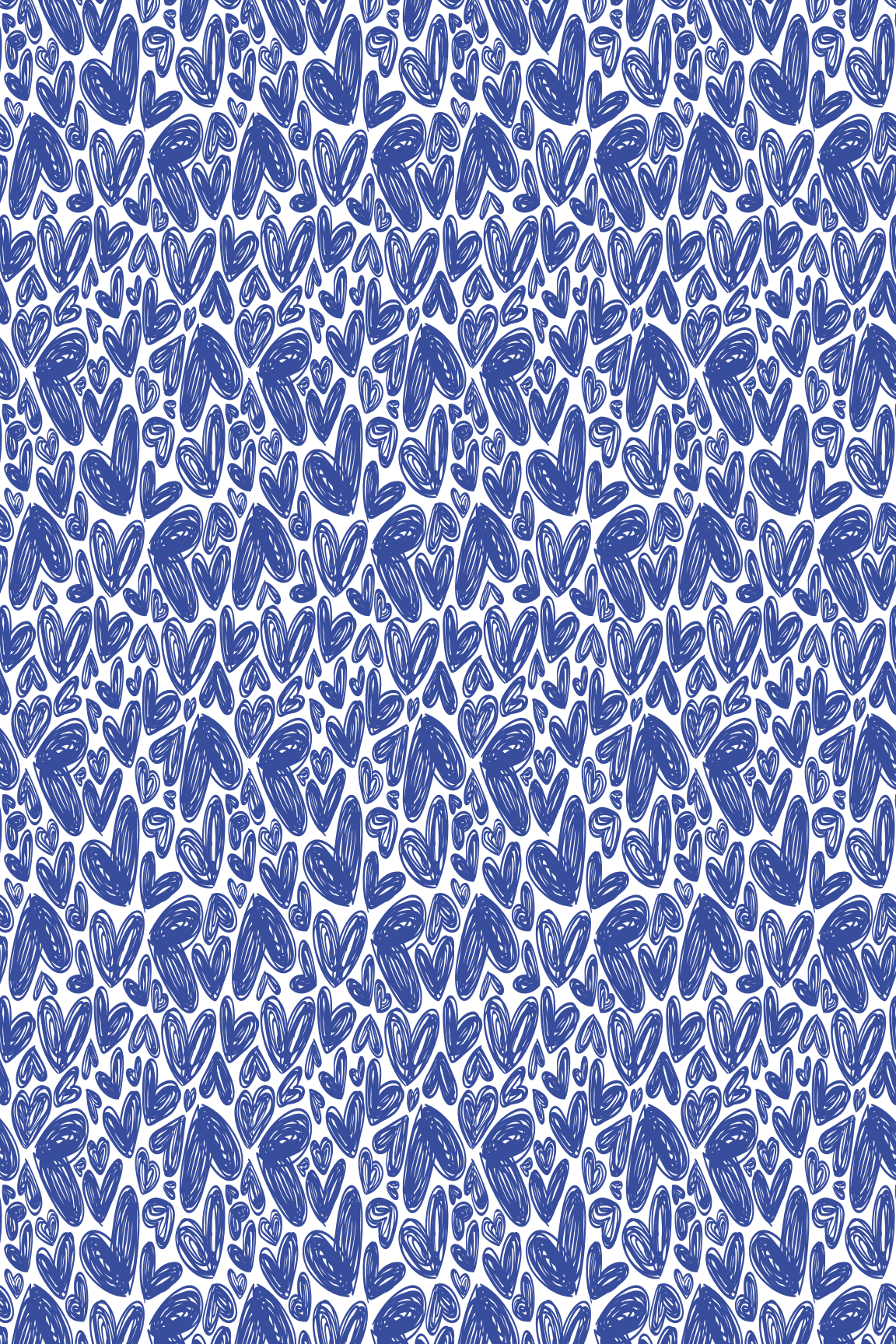


Entre tú y yo...
te quiero

Entre tú y yo... te quiero

AÑATERVE HERNÁNDEZ VEGA

Durii

Prólogo

Crecer nunca es fácil, pero cuando sientes que eres diferente, que no encajas en lo que los demás esperan de ti, el camino se vuelve aún más cuesta arriba. La adolescencia, esa etapa en la que se supone que deberíamos estar descubriéndonos y construyendo nuestra identidad, a veces se convierte en un laberinto de dudas, miedos y soledad.

Para muchos chicos y chicas, ser quienes realmente son implica enfrentarse a miradas de juicio, comentarios hirientes y, en el peor de los casos, el rechazo de quienes deberían apoyarlos. La sociedad ha avanzado, sí, pero aún quedan demasiados lugares donde la diversidad es vista como una amenaza en lugar de lo que realmente es: una riqueza.

Si alguna vez te has sentido fuera de lugar, si has llegado a pensar que el problema eres tú, quiero que leas estas palabras con atención: esto no será para siempre. Sé que ahora puede parecer imposible de creer, pero te prometo que llegará un día en el que mirarás atrás y te reirás de aquellas veces en las que pensaste que no valías nada.

Te enamorarás. Llorarás. Reirás hasta que te duela el estómago. Te rodearás de personas que te acepten sin condiciones y, lo más importante, aprenderás a aceptarte a ti mismo. Un día dejarás de es-

conderte, dejarás de disculparte por ser quien eres y vivirás libre.

A aquellos que alguna vez me señalaron, me humillaron o intentaron hacerme sentir menos, solo tengo algo que decirles: gracias. Gracias, porque sin saberlo, me hicieron más fuerte. Me obligaron a descubrir mi propio valor, a encontrar mi voz y a mantenerme firme con los pies en la tierra. No me destruyeron. Me hicieron invencible.

Este libro es para ti y para quienes han sentido que no hay lugar en el mundo para ellos. Quiero que al final de estas páginas te des cuenta de que el mundo no solo tiene un sitio para ti, sino que necesita lo que eres. Porque la verdadera magia está en atreverse a ser uno mismo. Y créeme, vale la pena.

1

Un secreto en los pasillos

David caminaba por los pasillos de la escuela con su sonrisa habitual, saludando a todos los que pasaban. Ser simpático y amigable era parte de su naturaleza, algo que hacía sin pensarlo demasiado. Pero esa mañana tenía un peso en el pecho, uno que no podía compartir con nadie, ni siquiera con Olivia, su mejor amiga, quien estaba justo a su lado hablándole de su última obsesión musical.

—Te digo, David, si no escuchas esta canción hoy, juro que te la voy a poner en bucle mañana. No puedo creer que todavía no sepas quién es —dijo Olivia, agitando su teléfono como si fuera un talismán.

—Lo escucharé, lo prometo —respondió él, aunque su mente estaba a kilómetros de distancia.

David tenía un secreto, uno que lo hacía sentir más solo de lo que quería admitir. Últimamente, cada vez que estaba cerca de Carlos, su mejor amigo desde la infancia, algo en su interior se revolvía. Era esa

sonrisa suya, esos hoyuelos adorables que aparecían en sus mejillas cuando se reía, como si el mundo entero se detuviera para admirarlo.

Y allí estaba Carlos, al otro lado del patio, con su chaqueta negra y su mochila al hombro, saludando a un grupo de chicos con esa facilidad que siempre había tenido para hacer amigos. David lo miró por un instante demasiado largo, y cuando Carlos volteó hacia él, sintió cómo su corazón se aceleraba.

—¡David! —gritó Carlos mientras se acercaba—. ¿Vienes a entrenar hoy?

David dudó un segundo antes de responder. Sabía que Carlos lo arrastraría al gimnasio después de clases como siempre, pero estar tan cerca de él últimamente se sentía como caminar sobre una cuerda floja.

—Claro, como siempre —dijo, esforzándose por mantener su voz ligera.

—Genial, porque te necesito en mi equipo. Estos chicos no tienen idea de lo que se les viene —dijo Carlos con una sonrisa amplia que dejó a David sin aliento por un momento.

—¿Te pasa algo? —preguntó Carlos, frunciendo el ceño ligeramente al notar que David parecía distraído.

David negó rápidamente con la cabeza, tragándose sus pensamientos.

—Nada, solo estoy un poco cansado.

—Bueno, más vale que te recuperes, porque hoy no te voy a dejar fácil —respondió Carlos, dándole

una palmada en el hombro antes de volver a su grupo de amigos.

Olivia, que había estado observando la interacción en silencio, levantó una ceja.

—¿Y eso? Parecía que acababas de ver un fantasma.

—¿Qué? Nada, solo estoy pensando en las tareas de hoy. Ya sabes, matemáticas y eso… —dijo David, tratando de sonar convincente.

Olivia lo miró con escepticismo, pero no insistió. Sabía que David hablaría cuando estuviera listo. Lo conocía demasiado bien como para presionarlo.

Mientras caminaban hacia el salón, David no podía evitar pensar en lo complicado que todo se estaba volviendo. Ser el mejor amigo de Carlos significaba que estaba siempre cerca de él, pero al mismo tiempo, esa cercanía era una tortura constante. Y aunque Olivia no lo sabía todavía, David sentía que no podría mantener su secreto por mucho más tiempo.

Miró a Carlos desde el otro extremo del salón, sonriendo sin darse cuenta. Solo quedaba esperar que nadie notara lo que estaba pasando dentro de él.

2

Distancia corta

El eco de los balones rebotando llenaba el gimnasio, acompañado de risas y gritos competitivos. David se ajustó los cordones de sus zapatillas, tratando de mantener la calma. Era su rutina habitual entrenar con Carlos y los demás después de clases, pero últimamente se sentía como si estuviera en un campo minado emocional.

Carlos apareció a su lado, dejándose caer al suelo con la misma energía despreocupada de siempre. Su chaqueta deportiva colgaba de un lado de su mochila y su cabello, ligeramente húmedo, brillaba bajo la luz fluorescente.

—¿Listo para perder? —bromeó Carlos, dándole un ligero codazo en las costillas.

David rodó los ojos, fingiendo molestia.

—¿Y tú listo para tragarte tus palabras?

Carlos se rio, y allí estaban otra vez: los hoyuelos en sus mejillas, esa sonrisa que parecía encender algo en el pecho de David. Durante un momento, sintió que su máscara de indiferencia se desmoronaba, pero

rápidamente apartó la mirada y se centró en ajustar sus muñequeras.

El entrenamiento comenzó con pases rápidos, ejercicios de velocidad y un sinfín de risas compartidas entre los jugadores. David intentaba concentrarse, pero cada vez que Carlos lo tocaba al pasarle el balón o al corregir su posición, su piel parecía arder.

En un descanso, Carlos se acercó con una botella de agua y le pasó una toalla.

—Oye, estás más callado de lo normal. ¿Seguro que estás bien?

David asintió, evitando su mirada.

—Solo un poco cansado, nada más.

Carlos frunció el ceño, claramente preocupado.

—Si necesitas un descanso, dímelo. No quiero que te caigas muerto en mitad del partido.

David se rio débilmente.

—No te preocupes, sobreviviré.

El entrenamiento continuó, pero para David, la cercanía con Carlos era un recordatorio constante de todo lo que no podía decir. Cada sonrisa, cada toque accidental, lo empujaban más hacia el borde de sus emociones.

Más tarde, cuando salieron del gimnasio, Olivia estaba esperando fuera, apoyada contra una de las columnas. Al verlos, alzó la mano en un saludo exagerado.

—¡Finalmente! Pensé que se habían mudado al gimnasio o algo así.

Carlos se rio mientras agarraba su mochila.

—Bueno, si dependiera de David, me haría entrenar todo el día. Este chico tiene resistencia para días.

David sonrió forzadamente.

—Algo así.

—Bueno, yo me voy, chicos. Nos vemos mañana —dijo Carlos, despidiéndose con un gesto de la mano antes de cruzar el estacionamiento.

Cuando desapareció de su vista, Olivia se giró hacia David con una mirada inquisitiva.

—Ok, ¿qué pasa contigo? Estás rarísimo últimamente.

David tragó saliva, pero intentó fingir indiferencia.

—No sé de qué hablas.

Olivia cruzó los brazos.

—David, soy tu mejor amiga. Te conozco mejor que nadie. Y sé que hay algo que no me estás diciendo.

Por un instante, David sintió que las palabras estaban a punto de salir, que podría soltarlo todo en ese momento y confiar en ella. Pero el miedo era demasiado grande.

—Es solo estrés por las clases y todo eso —dijo finalmente, evitando su mirada.

Olivia lo observó por un momento más antes de suspirar.

—Está bien, pero sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

David asintió, aunque sabía que todavía no estaba listo para cruzar esa línea.

Mientras caminaban juntos hacia sus casas, una parte de él deseaba tener la valentía de ser completamente honesto, pero otra temía lo que podría pasar cuando la verdad finalmente saliera a la luz.